

CAMINO DEL CALVARIO



El condenado descendió la escalera del Pretorio, y, siguiendo la costumbre, se le cargó con su cruz.

En cuanto Jesús hubo dado algunos pasos, sucumbió bajo el peso. En la multitud agrupada en el camino de los condenados apercibió á su Madre. Entre la Madre y el Hijo no hubo más que un cambio de miradas.

Poco después, un tal Simón de Cirene, que viniendo de los campos se encontró con el cortejo, fué detenido por los soldados y obligado á llevar la cruz de Jesús.

El recuerdo de este hombre, asociado inopinadamente al suplicio del Salvador, ha quedado bendito.

Aquí debe ser nombrada una mujer, si bien los Evangelios no han hablado nada de ella, pero la familia cristiana rinde culto á su memoria: es Verónica.

Viendo pasar á Jesús por delante de su casa, cubierta la frente de polvo y de sangre, se aproximó, y á despecho de todos aquellos que le insultaban, enjugó su rostro con un velo. Ella es, con Simón el Libio, el tipo de aquellos que tienen el valor de la compasión hácia los seres infamados, despreciados por todos, como le sucedía á Jesús.

Avanzando hácia el Calvario, se oía detrás de los condenados llantos y lamentaciones. Una inmensa piedad se elevaba de la multitud, del corazón de las mujeres sobre todo. Jesús se volvió hácia ellas:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis más por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos.

P. DIDON.

